



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

PRECIOS DE SUSCRICION.
AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs.—Seis meses 34 rs.—Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 28 Febrero 1864.

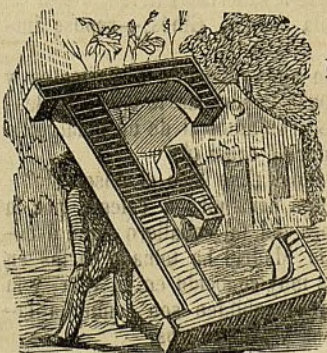
PRECIOS DE SUSCRICION.
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses 42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero y Ultramar un año 120 rs.—Un número suelto 2 rs. NÚM. 14.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Dámaso Delgado Lopez.—El hidalgo Gabriel Tellez, por D. Federico de Sawa.—Mañana, por D. José Selgas.—Destrucion de la cabeza del puente Fredericks-tadt.—Pompeya: casa del Cuestor ó de Castor y Polux.—Un capítulo de un viaje: Poblet, por D. Vicente Boix.—La Flor y el Céfiro (poesia), por D. Rafael Blasco.—El Mar (poesia), por Don A. F. Grillo.—Lo que es poesia (conclusion), por D. Antonio de Trueba.—Habilidad de un soldado.

Láminas.—Destrucion de la cabeza del puente de Frederickstadt por los daneses.—Pompeya: Vista de la casa llamada Castor y Polux.—Grupo de zuavos.

REVISTA DE LA SEMANA.



El acontecimiento, hoy mas importante en nuestra Península, y que acaba de repartir la ventura en multitud de familias desgraciadas, es hijo como siempre de la bondad inagotable de nuestra Reina, que al sentir la bendicion del cielo, dando á

la España una nueva infanta, recordó en sus maternales sentimientos, las madres, y las esposas y los hijos, separados de aquellos sus amigos y amparo, que lloraban los estravios de sus utópicas y malaventuradas ideas políticas.

Tras de los regocijos generales celebrados en todos los pueblos de España por el feliz alumbramiento de S. M., ha venido á aumentarnos la amnistia general para todos los delitos políticos; prerogativa eminentemente sublime de la corona.

Estos motivos de alabanza, estas satisfacciones envidiables nos hacen retirarnos de los sangrientos campos del resto de Europa, de los grandes aprestos militares, y de las negociaciones diplomáticas.

En cambio tenemos luchas de juego, pues en San Sebastian, el día 18 se celebró una gran partida de pelota entre españoles y franceses, en el que salieron gananciosos los primeros, gracias á los esfuerzos del jugador nombrado *Chiquito arpeitiano* el rey de los jugadores, y en cuya partida se atravesaron mas de 10,000 duros.

El decantado ensanche de Madrid, ya ha llegado el caso de ser una verdad, pues el opulento banquero Sr. Salamanca ha tomado á su cargo la empresa de construir un barrio de 300 casas en el terreno que media desde las tapias del Retiro, los campos Eliseos y la fuente Castellana.

El pensamiento de levantar un grandioso monumento á la imperecedera memoria del descubridor del Nuevo mundo, crece y se agiganta de una manera rápida, pues la comision

nombrada ha publicado una circular llamando á su cooperacion á los pueblos del Nuevo mundo, de España y de Italia, que indudablemente allegarán recursos para llenar un deber tan patriótico y tan honroso.

Ninguna nacion de Europa ha buscado con tanto afan, ni con tanto afan ha sabido estudiar y apreciar los tesoros de nuestra patria literaria como la ilustrada Alemania; y hoy tenemos una prueba mas de esta distincion, pues acaba de publicarse en Leipsick una traduccion de las obras completas de uno de nuestros primeros escritores y honra de las letras, D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Loores á la noble duquesa de Fernan-Núñez, por el baile del teatro del Principe, iniciado y promovido por ella para socorro de los pobres de la parroquia de San Lorenzo, cuyo producto liquido ascendió á 17,882 rs.

Plácemes á los artistas del teatro de la Zarzuela por la funcion extraordinaria que han de celebrar á beneficio de los pobres de la parroquia de San Sebastian; y últimamente aplausos y alabanzas por el pensamiento de Mad. de Lagrange, del concierto que intenta para beneficio de los inutilizados de Santo Domingo.

Todos estos hechos son los que nos place consignar en nuestras revistas: todos esos sucesos que hacen dilatarse el alma, y que respire nuestro corazon en medio de una atmósfera de humanitarios y sublimes sentimientos; por eso, por último, no queremos dejar de consignar el gran concierto celebrado en Bruselas á beneficio de las victimas de Manila, y en el cual han tomado parte mas

de doscientos profesores, en el que se han ejecutado dos obras del joven compositor muy conocido en la corte D. Guillermo Morphi.

La Cuaresma tampoco deja de tener en la corte sus peculiares y religiosas distracciones, como lo prueba la gran fiesta artística dada en los salones de los condes de Scláfani, en la que sus aristocráticos y numerosos convidados presenciaron la exacta y delicadísima reproducción de varias obras de Rafael y de Murillo por medio de cuadros vivos, en cuya composición figuraban las mas lindas jóvenes de la alta sociedad de la corte: La *Anunciación* del pintor sevillano, por las señoritas María Scláfani y Carmen Concha, haciendo la primera de Angel y la segunda de Virgen. El cuadro de *Santa Cecilia*, de Rafael, representado por la señora de D. Gonzalo Saavedra, la señorita de Aguilera, y los Sres. Santos Alvarez, Scepeaux é hijo del marqués de Perales. *Rebeca* dando de beber á Eleazar, tambien de Murillo, representado por la condesa de Scláfani, duquesa de Alcudia, y señoritas de Campo Alange y de Caballero y el señor Pignatelli. Y por último, *Jesus en casa de la Magdalena*, que copiaron las señoritas hija de los condes de Fuentes, la condesa de Scláfani y el marqués de Añón, constituyó el objeto principal de la fiesta, de la que todos salieron admirados y complacidos, sosteniendo algunos, ser mejores las copias que los originales, y llevando en el fondo de su alma un grato recuerdo para los autores de esta delicadísima fiesta.

Mucho nos vamos deteniendo, pero no queremos dejar de espresar una vez y otra las funciones del celebrado Liceo-Piquer, donde parecen haberse aglomerado la aristocracia, las bellas artes y el talento para que sea la primera sociedad artística de la corte. *Et spartito la Favorita*, del loado Donizetti, es lo que se acaba de ejecutar con un éxito admirable, por todos cuantos en su ejecución han tomado parte, por lo que el público entusiasmado, cubrió repetidas veces la escena de ramos y coronas, palomas y versos.

De teatros, se han estrenado en el Circo, el *Matrimonio de conciencia*, del Sr. Diaz, con buen éxito, y la pieza en un acto del señor Nogues, *Al año de estar casado*, y otra producción en el teatro de Variedades, titulada *Flores y frutos*, y dos piecitas *Aventuras de un cesante* y *D. José, Pepe y Pepito*, tambien con buen éxito.

Nuestro recuerdo amistoso y de entusiasmo para el joven baritono D. Mariano Marco Padilla, que elogian los periódicos de París, por sus grandes dotes como artista y como cantante. Amigos en la juventud, nos place el enviarle nuestro recuerdo y nuestro parabien al verlo en su brillante carrera alcanzando lauros y triunfos.

Dos compañías de ópera tenemos en nuestro teatro Principal, las que alternativamente trabajan. En *Rigoletto* la primera, se han presentado la señorita Moro y Piccinini, y su ejecución por parte de la primera ha sido bastante regular; la segunda ha sido *Traviata*, y ésta ha sido mediana.

La zarzuela *Campanone* en la Princesa, ha sido muy bien ejecutada, principalmente por las señoras Solera y Cabaletti. Y en este teatro hemos admirado la delicada ejecución en su caja armónica de copas de cristal, del artista signor Comingio Gagliano.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

EL HIDALGO GABRIEL TELLEZ.

I.

Era una fría noche de Diciembre.

Una de esas despiadadas noches en que el frío arceja y el huracan zumba, y que solo

pueden tolerarse al amor de la lumbre ó arrebujaado en el lecho.

La acción de nuestra historia ocurría en la inclita villa del oso y del madroño, allá por los años 1607, reinando en España el inofensivo monarca D. Felipe III, que santa gloria haya.

Por aquellos tiempos de bendición en que no habia alumbrado, ni asfalto, ni abrevaderos en la Puerta del Sol, ni simones, ni otras mil mejoras que debemos á nuestro flamante siglo del vapor y de electricidad. Madrid de noche, y sobre todo en las oscuras noches del invierno, presentaba un aspecto algo imponente y mas de un tantico medroso.

La turbia luz de las candelillas que iluminaban débilmente un viejo retablo, interrumpía en alguna que otra escusada calleja, el denso manto de sombras en que estaba envuelta la capital.

Al abrigo de las tinieblas, los rufianes mohatrerros, dueñas de gran camándula, mozas de partido, cofrades de la hampa, asesinos y ladrones, gentecilla aviesa trasnochada y maleante, mochueros de la villa en cuyos siniestros rostros jamás reflejaba la pura luz del sol por ser la hora de su sueño, zurcidores de embustes y traficantes de la honra ajena, iban y venían, robando y cometiendo todo género de desaciertos y atropellos, no importándoles un ardite el continuo vigilar de los alcaldes de casa y corte, que rodeados de corchetes, vulgo cuervos, y alumbrados por el pálido reflejo de exiguos farolitos; velaban el sueño de los honrados habitantes.

Madrid á deshora en aquellos tiempos metía miedo.

II.

Habia entonces en la calle de Preciados una hostería, frecuentada de espléndidos hidalgos y mozas de la vida airada.

La tal hostería se llamaba de las *Palmas*, segun lo denunciaba el enorme rótulo que en gruesos y abigarrados caracteres campeaba sobre su puerta.

Dentro de ella, en una vasta sala iluminada de trecho en trecho por alumbrados faroles que prestaban una luz turbia, opaca; agrupados al rededor de anchas mesas de pino, envueltos en una densa atmósfera, jugaban, bebían, charlaban armando una barahunda infernal jóvenes alegres y de costumbres disipadas, que sentían trascurir sus mas floridos años desde el Mentidero ó gradas de San Felipe el Real, hasta el Prado de San Gerónimo, la huerta de Atocha, los jardines de Buen Retiro, ó el sotillo del Manzanares, y de allí al corral de la Pacheca ó al de la cruz; ó en la taberna, en la mancebía, en el garito, ó en otros lugares *non sanctos*; en los que gastaban briosamente sus relucientes doblones, rodeados de un enjambre de paniaguados y deudos que les alentaban en sus desmanes y compartían sus gocees, mientras mantuviesen herradas las bolsas, ó les quedase libres de las garras de los usureros algun resto de su hacienda.

En aquel recinto imperaban el placer, la impureza, el desorden.

En un rincon de la mencionada estancia, sentados delante de una mesa sobre la que se veían algunas botellas y los restos de una suculenta cena, hallábanse dos hombres de diversas edades y condiciones, que departían acaloradamente en voz baja, mojando de vez en cuando la plática con algunos tragos del seco jerezano.

El uno podria contar de 36 á 38 años, gallardo, de apostura bizarra; ojos negros y rasgados, que irradiaban astucia y valor al través de sus sedosas pestañas; largo y rizado el cabello á usanza de la época; frente ancha y noble; nariz correctamente modelada y boca de gruesos lábios; sombreada por un espeso bigote á la borgeña; de color moreno, simétricamente armonizado, formaba un conjunto her-

moso si sonreía tranquilo ó enamorado; sombrío, receloso, fiero, si su ceño se enarcebaba contrariado por el despecho ó por el furor; tan simpático, tan bello como era aquel semblante cuando lo acariciaban las puras brisas de amor, tan rudo, tan cruel aparecía si lo jaspeaba el huracan de las pasiones.

Su traje era por demás sencillo y cortesano: gorguera alta y rizada de Cambray; colete galoneado de oro, que ocultaba el jubon de terciopelo azul, acuchillado de blanco; anchos gregüescos de la misma tela del jubon, y calzas de gamuza, amen del sombrero de fieltro de ancha falda y flotante pluma, derribado sobre las cejas, y cumplida capa roja prendida al cuello por cordones de plata, entre cuyos revueltos pliegues asomaba la brillante contera de su larga espada de torcidos gabilanes, que pendía de los tiros del talabarde. Con tan galano y ostentoso atavío, el hidalgo estaba gallardo.

Llamábase Gabriel Tellez y era mozo de noble solar y gran valido de las musas; la posteridad admira aquel célebre ingenio, que supo ocupar un eminente puesto en nuestro Parnaso, brillando al nivel de Lope y Calderon, encubierto bajo el pseudónimo de Tirso de Molina.

D. Gabriel habia alzado un altar en su corazón á las mugeres, buscando siempre en ellas ese fantasma divino que se llama amor: era celoso partidario de su Dios, de su rey y de su dama; altivo sin pretensiones, bueno por instinto, franco por naturaleza, y jamás dió entrada en su honrado pecho á bajeza ni felonía.

Galanteador, audáz, valiente, ¿quién resistía á las flechas de sus ojos ó á los golpes de su espada? Liberal, espléndido, deramaba el oro á manos llenas, y por tanto no habia llave que permaneciese cerrada á la influencia de sus escudos, ni paje, dueña, rufian ó rodrigon que perseverase inflexible en oponerse á sus deseos. Unid á esto un alma hidalga, sensible, apasionada, admiradora de todo lo bello, entusiasta de todo lo grande, y un corazón de poeta soñador, impresionable, ardiente, corriendo en pos de la dicha sin alcanzarla jamás y formareis una aproximada idea de la altivez, de la magnificencia que emanaba de todo el ser del hidalgo Gabriel Tellez.

Su acompañante era el escudero, y se llamaba Ginés.

El traje de Ginés era humilde: su sombrero no lucía pluma ni cintillo: su rostro, aunque vulgar, picaresco y malicioso, y su apostura poco bizarra.

Vestía un jubon de fustán descolorido por el uso, sayo trenzado, ferreruelo de paño de Segovia y ceñida una larga espada de las viejas de Cuéllar.

III.

—¿Y dices, Ginés?—esclamó D. Gabriel.

—Dígame que andamos metidos en malos empeños. Esta tarde en el corral de la Pacheca me habló la Mari-Paz, que tiene un rostro de mermelada, un pico de perlas, y lindezas tales fueron, que á saberlas tú....

—Habla, habla pronto, Ginés;—repuso impaciente.

—D. Gonzalo anda diciendo á parientes y deudos, que Doña Esperanza te odia, te desprecia, y prefiere su amor al de un hidalguillo huero y enhambrido como tú.

—¿Poder de Dios! ¿Eso dice el miserable?

—Y aun tengo para mí, á colegir por la lengua de víbora del tal caballero, que á estas horas medio Madrid ha tomado cartas en el asunto. Eres muy conocido en la villa, y la murmuración y el cabildeo son comidilla favorita de ociosos y aventureros.

—¡Oh! En Dios y en mi ánima, que no ha de burlarse impunemente de mí D. Gonzalo. No contento con destrozarme el corazón ro-

bándome á Esperanza, la antorcha de mi vida, el ángel de mis amores, que prefiere su cariño impuro al rayo de sol que inunda mi alma y arrebató mis sentidos; no satisfecho aun con tal triunfo, atenta contra el sagrado de mi honra, y eso no he de tolerárselo, nó por mi fe.

—Calma, señor mío; achaque de hombres de ingenio es la medida en los embates de la vida.

D. Gabriel meditó un momento.

—¿A qué hora habla por la celosía con Esperanza?—dijo con voz ronca.

—A las diez.

—En buen hora.... Han dado ya las ánimas: paga el gasto y espérame en la posada, Ginés.

—Cuida no enredarte, amo mío, en un laberinto difícil y sin salida.

—Las marañas que se forjan para apriisionar mi honor, las rompo siempre á cuchilladas.

Esto dicho, D. Gabriel, torvo y nublado el ceño, se rebozó hasta los ojos en su ancha capa, se apretó el chapeo hasta las cejas, y salió precipitadamente de la hostería, llevando un infierno de desesperación y celos en su mente.

Ginés envasó un cubilete de un sorbo, y se encogió de hombros murmurando para sus calzas:

—Mala simiente es amor contrariado.

IV.

Al salir de la hostería, el viento y la lluvia azotaron de través el sombrío rostro del caballero, que envolviéndose aun mas en su capa, adelantó á lo largo, cruzó algunas costaneras callejas y penetró en una oscura, medrosa y sin salida.

Gabriel Tellez se replegó contra un ángulo y aguardó impaciente murmurando palabras sordas que parecían imprecaciones ó amenazas.

En el corazón dolorido del buen hidalgo rugían y chocaban despiadadamente los celos, el despecho, la ira, y en medio de tan ruda lucha, pura, ideal, flotaba en espacios nacarados y diáfanos, de armonía y de colores, la angelical imagen de su Esperanza.

Hacia mas de un año que la había conocido, y al verla tan linda, tan gentil, su alma se abrió, como la flor abre su pintado cáliz en la plácida alborada, á impulso del amor; aspiró con ansia, con fruición el perfumado acento de la niña, y en su pensamiento brotó noble, casto, risueño, el recuerdo de su amada. D. Gabriel, ya lo hemos dicho, era poeta, era uno de esos infortunados seres que cruzan el mundo cantando la gloria y el amor, y que sienten arder en su frente la encendida llama de la inspiración y el genio, viéndolo todo bajo el prisma seductor de sus ilusiones y de sus ensueños, poetizados con las fecundas galas de su vigorosa y ardiente fantasía. Su ambición, sus deseos estaban cifrados en hacer feliz á Esperanza, en levantarla sobre un rico pedestal de inmarcesibles y olorosas flores.

Y sin embargo, Esperanza no le amaba; á sus reiterados ruegos, á sus acendradas quejas correspondía con desdenes; á su tierna solicitud, con indiferencia, hasta con odio; á sus miradas con frias miradas de desprecio.

Esperanza era muy bella, alta, garrida, dotada de soberanos encantos; con unos ojos grandes, negrísimo y lucientes orlados de sedosas pestañas; con densos cabellos como el ébano que se agrupaban en undosos y pesados bucles alrededor de su suave y purísimo semblante; y con un talle hechicero, Esperanza era un dechado de atractivos, un ángel de hermosura, un modelo perfecto de la estatuaría griega.

No era extraño, pues, que al verla Don Gabriel sintiese inflamado el corazón en una llama inextinguible, voráz, y se abrasase en

las luces de aquellos ojos negros y radiantes.

D. Gabriel tenía destrozado el pecho por crueles congojas, y alentaba un odio tenaz hacia D. Gonzalo, el saltador de su ventura.

.....

Rumor de pasos que sonaron próximos distrajo las negras cavilaciones del hidalgo.

Un bulto dobló la esquina y avanzó hacia el fondo de la calleja.

D. Gabriel contuvo el aliento, sintió latir con fuerza su corazón, y se estremeció de ira.

El desconocido detúvose á la puerta de la morada de Doña Esperanza.

No pudiendo sufrir mas D. Gabriel, desnudó febrilmente la espada, terció la capa, y plantóse en dos saltos enfrente del que creía su rival.

—Defendeos, miserable, defendeos, ú os rompo el corazón de una estocada, exclamó con voz convulsa y ronca por la ira.

El desconocido retrocedió bruscamente.

—Teneos, hidalgo, advertid.... contestó.

—Vive Cristo, don bellaco, ni una palabra; deponed razones y hable el acero, si no queréis morir como malnacido que sois.

—¡Oh! esto es demasiado, contestó el desconocido: y desnudando su espada, paró la primera embestida con precisión y aplomo, lo que demostraba que era bravo esgrimidor.

Los aceros erugían, rechinaban, lanzando chispas de fuego al cruzarse.

Momentos después, la espada de D. Gabriel penetró hasta la empuñadura en el pecho del contrario.

—¡Jesus me valga!... ¡confesion!... dijo y cayó pesadamente al suelo.

Estaba muerto.

D. Gabriel se inclinó sobre el cadáver y exclamó opacamente.

—Es la primera y la última vez en mi vida que mancho con sangre mis manos. Me arrebataste mi Esperanza.... me quisiste también arrebatarte la honra, y esto no te lo pude sufrir, D. Gonzalo, que te perdona Dios.

Y envainando el ensangrentado acero, rebusóse en la capa, y bamboleando como ébrio, y con el corazón comprimido, se perdió en la oscuridad.

(Se continuará.)

FEDERICO DE SAWA.

MAÑANA.

Sin duda los sucesos no quieren participar del calor de Madrid y han huido de la capital de la monarquía en busca de mejor clima.

Ó tal vez para llegar lo mas frescos posible se están preparando á la sombra.

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que en Madrid nada sucede.

También es verdad que Madrid en estos momentos no es la corte. La corte está en la Granja; y la corte es á Madrid lo que el agua al mar, lo que la luz al día, lo que el alma al cuerpo.

De manera que este mar, este día y ese cuerpo tienen su agua, su luz y su alma á la respetable distancia de catorce leguas.

Ó mas claro, en la Granja.

La Granja debe ser un sitio muy agradable.

En este Varsalles de Madrid todo son aires frescos, árboles que doblan la cabeza, fuentes que saltan y pájaros inquietos.

De forma que se puede trazar el cuadro de esta manera.

El aire silba, los árboles cuchichean, las fuentes murmuran y algunos pájaros por lo menos deben trinar.

Hasta aquí mis últimas noticias políticas, que condensadas, como ahora se dice, dan por resultado esta quinta esencia.

La corte ha cambiado de sitio.

Es verdad que la Granja es un hermoso

jardín cuajado de alamedas erizadas de fuentes, y que Madrid es un vasto arenal cuajado de calles erizadas de escombros; pero no es fácil cambiar de naturaleza, y así es que la política no ha hecho mas que cambiar de sitio.

Esto es hoy; mañana.... reflexionemos.

Hay un día trescientas sesenta y cinco veces repetido en cada año, cuyas veinticuatro horas están constantemente llenas de sueños que no se realizan, de esperanzas que no llegan, de deudas que no se pagan, de plazos que no se cumplen.

Este día es el refugio de la pereza, el amparo del que debe, el consuelo del que sufre, el temor de los que son felices.

Día de promesas, de propósitos, plazo constantemente abierto á nuestras necesidades, á nuestras debilidades, á nuestras penas, á nuestras alegrías.

Día inagotable, que es al mismo tiempo el recurso de los sastres, el alimento de los pretendientes, la desesperación de las solteras y la salida de todos los apuros.

Día en que se efectúan los grandes sacrificios, en que se consuman los arrepentimientos, en que se hace todo aquello que cuesta trabajo, todo aquello que el hombre se ha propuesto no hacer.

Es un día cuya víspera puede ser indistintamente el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado ó el domingo.

Este día portentoso, interminable, es *mañana*.

Es imposible que exista un hombre que no haya hecho alguna vez uso de este día.

¿Quién no ha dicho alguna vez.... *mañana*?

Este día circula entre los hombres como un pagaré sin fecha.

Es una parte del tiempo futuro que no ha existido jamás, un número de la lotería que no entra en el sorteo.

Así como los hijos de Galileo—no estoy muy seguro de ello, pero es indiferente—jugando en el taller de su padre con unos pedazos de cristal descubrieron el telescopio, ese instrumento que nos acerca los objetos mas distantes; así un tendero de comestibles jugando con las palabras descubrió la fórmula precisa, el instrumento exacto que aleja de nosotros interminablemente en el tiempo futuro el día mas cercano.

Galileo abrió los ojos de la humanidad mostrando el telescopio. El tendero de comestibles cerró la boca de sus parroquianos fijando en la puerta de su tienda un letrero que decía: *mañana se fia aquí*.

Este tendero es el único filósofo que en mi opinión, ha leído sin equivocarse en los misteriosos secretos de lo que está por venir.

Mañana, por consiguiente es un día lejano, el día mas lejano de todos, el día que está después del último día.

Buscadle en el Almanaque y no lo encontrareis.

Es el crédito del tiempo.

A un banquero, á un capitalista que posea un millon en efectivo, le damos inmediatamente otro millon en crédito.

Al año que posee trescientos sesenta y cinco días efectivos, le damos por la misma razón otros trescientos sesenta y cinco días de crédito en trescientas sesenta y cinco *mañanas*.

¡Ah! el crédito es otro invento maravilloso.

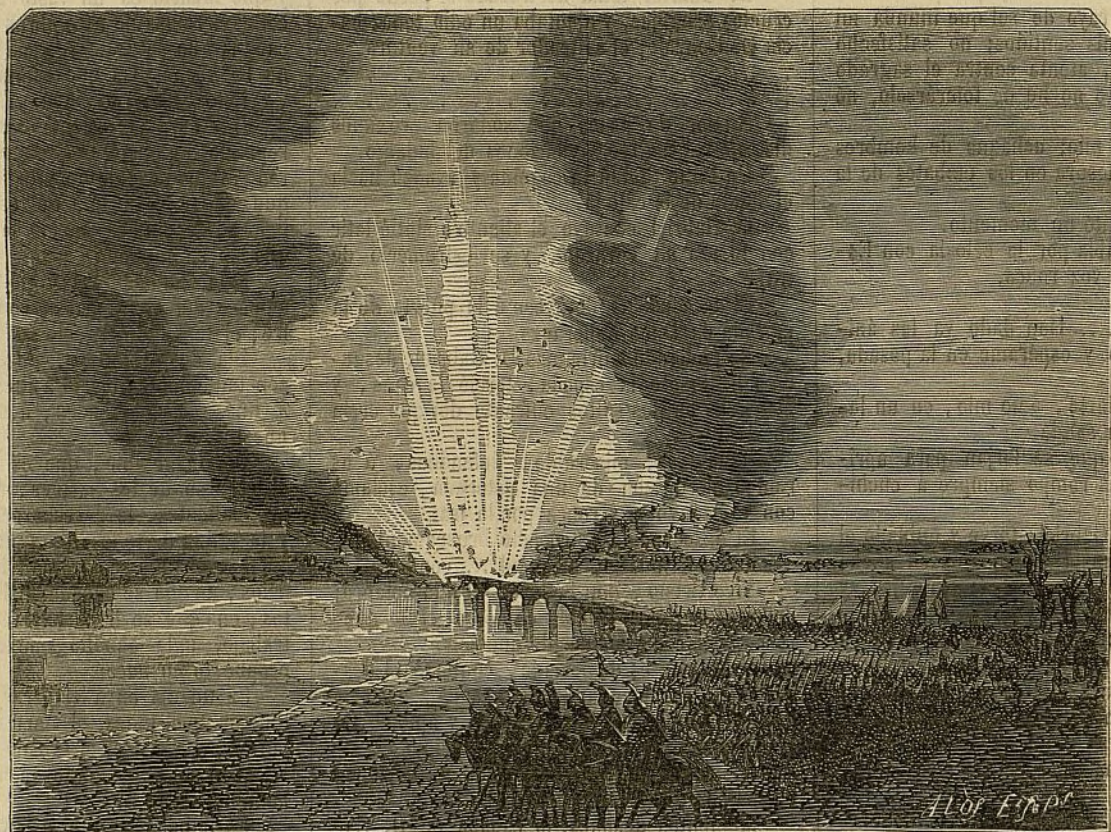
Desde que se conoce, basta tener un duro para disfrutar inmediatamente los beneficios de cuarenta reales.

Volved la cara á Francia, y mirad cómo el crédito de un Napoleon ha producido inmediatamente otro Napoleon.

El comercio y la industria tienen también sus ilusiones.

El crédito es la poesía de la Bolsa, el espiritismo del dinero, la atmósfera del capital.

Es imposible despoetizar á un banquero,



DESTRUCCION DE LA CABEZA DEL PUENTE DE FREDERICKSTADT POR LOS DANES.

es decir, no se puede desacreditar á un hombre rico.

Mañana, pues, es un crédito permanente, un valor en palabras que se apoya en un capital efectivo de trescientos sesenta y cinco días.

Mañana es el crédito de los partidos vencidos.

La ilusion de los partidos que mandan.

El refugio de los asesinos del tiempo.

Y, en fin, la salida natural de aquellos á quienes ahoga el día en que viven.

Es un agujero muy cómodo para los que quieren salir de hoy, porque hoy es para ellos una trampa.

Es además un motivo muy justo para levantarse tarde.

Un pretexto para no desconsolar á un pretendiente.

Una palabra para tranquilizar la conciencia.

Tres sílabas para taparle la boca á una muger.

Un sofisma irresistible para no hacer nada.

Por último, *mañana* es el afán de todos; una quimera como la felicidad del hombre; un sueño como la libertad del ciudadano; una ilusion como la gloria del nombre.

Mañana no existe.

Semejante noticia debe llenar de espanto á los que hayan confiado en *mañana*. Es decir, á todo el género humano.

Hoy es un día que tiene veinticuatro horas en las cuales cabemos todos sin que le falte ni un solo minuto.

Entre *hoy* y *mañana* se verifica un fenómeno tan palpable como incomprensible.

Llegamos á su último término, á su último instante; gozosos ó afligidos devoramos el último momento, adelantamos la vida para entrar en *mañana*, y al echar el pié sobre ese día que viene á buscarnos, *mañana* desaparece y todos nos encontramos en hoy.

Porque esto suceda todos los días, no hemos de negar que es una cosa bien rara.

Mañana es una especie de perspectiva que solo existe á cierta distancia.

Es una ilusion cuya realidad es *hoy*.

Mañana es un deseo, un temor ó una esperanza.

Mañana no existe, porque siempre estamos en *hoy*.

Por mas vueltas que dé el tiempo no ha podido aun fabricar mas que un día: *hoy*.

Nosotros únicamente hemos podido hacer á *mañana*.

Y cosa singular: quien mas ha trabajado en la fabricacion de ese día fantástico ha sido la pereza.

¡*Mañana*! á este día hemos recurrido para romper la oscuridad que nos rodea.

El hombre es un ciego que vuelve á tientas las esquinas de todos los días, diciendo siempre: *mañana* veremos.

JOSÉ SELGAS.

DESTRUCCION

de la cabeza del puente Frederickstadt.

El Museo literario que se apresura á dar á conocer cuantos acontecimientos importantes tienen lugar, ofrece hoy á sus lectores uno de los hechos militares mas recientes que se ha verificado entre Dinamarca y la Confederacion germánica con motivo del Schleswig (Holstein). El ejército federal penetró en los ducados obedeciendo las órdenes de la Dieta, y los dinamarqueses se retiraron á Frederickstadt, y para proteger su retirada, quemaron despues de su paso la cabeza del puente el 31 de Diciembre último.

POMPEYA.

Casa del Cuestor ó de Castor y Polux.

Con objeto de que nuestros lectores tengan un conocimiento exacto del edificio cuya vista les ofrecemos en este número, vamos á proceder á la mas minuciosa descripcion posible.

El origen de llevar los nombres indicados es á causa de los frescos que adornaban este edificio, pero luego se sustituyó por el Dióscoro, hijo de Júpiter, y últimamente por el que hoy conserva, esto es, del Cuestor.

Es la mas rica y elegante de todas las habitaciones particulares descubiertas hasta el presente: divídese en dos partes perfectamente indicadas para el ejercicio de la vida pública, y para la particular y privada. Presenta dos entradas por la calle de Mercurio, y otras dos por la parte posterior.

La fachada principal está revestida de estuco primorosamente trabajado. Sobre un fondo rojo, campean relieves de estuco blanco, cuyas ranuras están pintadas de azul, la cornisa está revestida de estuco maqueado, siendo sus partes salientes encarnadas y negras y el fondo azul celeste. Debajo se halla esculpido Mercurio en ademan de dar una bolsa, sin duda por alegoría al empleo de Cuestor, para quien estaria tal vez destinado el edificio.

Difícil es no admirar el conjunto que ofrece la perspectiva de esta fachada; la vista se fija por último en el átrio y entre las doce columnas se ve el *impluvium* y su fuente; el *tablinum* y sus soberbias pinturas, el peristilo, el jardín y en último término el *Lararium*, ó sea la pequeña ara de los dioses tutelares.

El pavimento del vestíbulo y el patio es de esmalte blanco (*oposignium*). Las paredes de esta entrada están pintadas por compartimentos de distinto color, predominando principalmente el amarillo y encarnado. En medio del *impluvium* se ve una fuente en la que hay esculpidos lagartos, ranas y otras figuras de animales que forman otros tantos surtidores.

En el primer aposento, á la derecha del átrio, se encontraron entre otros objetos los siguientes: Un pequeño sello de plata, grandes vasos incrustados de jaspeaduras de plata, un candelabro, tres copas, dos pequeños pero hermosos tinteros, tres lámparas y una pequeña hacha de hierro; etc.

A la izquierda del departamento destinado al público, se alzaban los pórticos con una



POMPEYA: VISTA DE LA CASA LLAMADA DE CASTOR Y POLUX.

fuelle y un receptáculo en el centro. En las paredes se veían magníficos frescos representando asuntos mitológicos. Meleagro, Perseo, Medea, la Fortuna, los hijos de Niove, una Bacante, la cabeza de un actor y de una actriz, un pigmeo haciendo bailar á un mono, etc. No podían fijarse los ojos en parte donde no viesen pinturas, hasta en las mismas paredes del jardín. El aposento no solo de la casa, sino los que hasta el presente se han encontrado, es el mas suntuoso por su pavimento y sus incrustaciones de mármol de diversos colores.

El vasto *œcus* ó salon destinado para reuniones, se halla en el fondo de aquellos pórticos.

En el gineceo de esta habitación se encontraron dos cofres colocados sobre un zócalo de mampostería incrustado de mármol, la madera que habían formado estos cofres se había podrido ya, pero subsistían, aunque muy oxidadas, las planchas de cobre de que habían estado forradas, y los variados adornos exteriores. Dentro de uno de ellos había 45 monedas de oro imperiales y cinco de plata. En el otro mas pequeño no se encontró mas que un bajo relieve de bronce figurando un perro echado y el busto de una divinidad, acaso la Fortuna.

En una de las salas inmediatas se descubrió un hermoso mosaico jaspeado, el esqueleto de una muger y una magnífica lámpara de bronce. La circunstancia de haberse encontrado removido el terreno y la pared del aposento contiguo taladrada, hace sospechar que al quererse evadir los que se hallaban en el edificio durante la catástrofe cuando estaban ya interceptadas las puertas, se equivocaron de dirección y taladraron la pared de la habitación contigua. El hallarse esta casa situada en uno de los barrios mas populares de la ciudad, el tamaño de los cofres y la abundancia y riqueza de sus adornos, hace presumir que su destino estaba afectado al servicio del tesoro público, y que en él habitaba el Cuestor.

Este gineceo ó departamento de las mugeres que acabamos de indicar tenía tambien pórticos con aposentos particulares en que se

desplegaba un increíble lujo de pinturas al fresco del mayor mérito.

Los dioscuros (Castor y Polux) decoraban ambos lados de la puerta; seguía un grupo de Hermafrodito y un Sátiro, del estilo clásico; Horfeo, Saturno, una Victoria en cuyo escudo se leían las letras S y C; Aquiles en el acto de ser sumergido por su madre en las aguas de la laguna Estigia; Marte y Vénus; Endymion y Diana, Eco y Narciso, Júpiter hospitalario; la Fortuna y Baco.

La exedra ó pórtico abierto, estaba adornado de pinturas no menos admirables; veíanse Bacantes de una hermosura y gracia incomparables; Aquiles desenvainando la espada contra Agamenon y detenido por Minerva; Aquiles reconocido por Ulises en la corte de Nicomedes; Ulises disfrazado de mendigo y reconocido por su leal Eumeo. El estilo de estos dos últimos cuadros es superior á todo lo que se conoce respecto á la pintura entre los antiguos.

El tercer jardín representaba un *Larario* enfrente de la exedra, y en él se podían admirar nuevas decoraciones. Pedra revelando su fatal pasión á Hipólito; diversas escenas teatrales y Dafne convertida en laurel por Apolo.

A continuación del *Larario* seguían las cocinas y sus dependencias.

Enfrente de la segunda puerta de esta habitación se desenterró el esqueleto de una muger que probablemente halló la muerte en el mismo umbral; en una bolsa de tela tenía dos pendientes en forma de balanza, cuyos platillos estaban figurados por una perla, cinco sortijas de oro, cinco piezas grabadas, dos pequeñas monedas de plata, otras varias de bronce y un frasquito de cristal.

UN CAPITULO DE UN VIAGE.

POBLET.

II.

Al penetrar por el pórtico, construido de grandes sillares, que formaba el zaguan del

edificio, sobre cuya portada tenía el portero su habitación, parecía que se levantaba en pos de mí un muro invisible, que me separaba del ruido y de las pasiones del mundo, y procuraba abarcar con una sola ojeada las vastas construcciones que tenía delante. Una estatua de la Virgen coronaba antes el pórtico: el viajero no se descubre al pasar, ni se oye la voz del portero saludando al transeunte.

En seguida atravesamos una ancha plaza, flanqueada sobre su izquierda por una serie de edificios hoy casi destruidos, y habitados en otros tiempos por los oficiales de los varios oficios ó industrias, que eran necesarias para la conservación del monasterio. Entre el muro exterior y el cuerpo principal del convento se encontraban la cocina, despensa, bodegas, graneros, silos, habitaciones de los monges ancianos y el dormitorio y locutorio de los conversos.

Para entrar luego en el sagrado recinto, se pasaba antes por una soberbia portada de piedra, exornada con los escudos de Aragón, Sicilia y Castilla, el símbolo de Poblet y los timbres de dos abades. Sus puertas fueron revestidas en 1564 con grandes y recias hojas de bronce labrado y dorado, por cuya razón se la llamaba la *puerta dorada*. Entre varios relieves de su parte superior, se hallaban esculpidas las armas de Aragón y de Nápoles, orladas con cruces de Jerusalem.

Por esta puerta verificaban su entrada oficial los reyes y las personas reales.

A la parte derecha existe aun una capilla dedicada á la Virgen del Rosario y al caballero San Jorge, construida á espensas de Alonso V de Aragón, el mismo que en 1464 mandó traer de Nápoles el retablo de piedra para el monasterio.

De la puerta dorada se pasaba al átrio, y de aquí á otra plaza, circuida de edificios, entre ellos el palacio abacial, ricamente exornado en su interior. Enfrente y á la parte izquierda de esta plaza, se elevaba, tapiada hoy, la primitiva iglesia, dedicada á Santa Catalina, obra de sillería. En el mismo punto se hallaba el hospital para los criados y los viajeros.

Nada queda de la suntuosa portada, ni del átrio, ni de las otras dependencias: paredes solitarias y montes de escombros.

La clausura se hallaba encerrada dentro de un verdadero recinto, admirablemente fortificado. Sus cuatro lienzos median una circunferencia de 780 varas con 14 y 1/2 de elevación y 2 y 1/2 de espesor. Su construcción es de hormigón, y toda la obra está coronada con matacanes, troneras y empavesadas. De trecho en trecho se elevaban á iguales distancias doce torreones almenados, que ofrecían una defensa formidable. Pedro IV quiso convertir el monasterio en imponente castillo, con objeto de guardar el panteón real. Si hubiera levantado su cabeza de la almohada de piedra, y hubiese visto pulverizadas y holladas tantas riquezas artísticas, habría arrojado un voto, que tampoco haría temblar á la generación actual.

El muro tenía dos entradas: la principal daba paso á la iglesia mayor, y sus puertas se hallaban cubiertas con planchas de bronce labradas de preciosas esculturas y relieves, coronando la portada una imagen de la Virgen y los santos patronos.

Me decía el conserje cicerone, que había servido á los monges: «mirad esa Virgen de piedra: yo ví disparar sobre ella una porción de tiros con bala, pero ningún proyectil hizo mella.» Este hecho encierra una triste página.

La otra puerta, que me llamó en seguida la atención, me recordó en el acto nuestra puerta de Serranos, porque presenta el mismo gusto tanto en el arco, como en las dos grandes torres almenadas que la protegen. Llamábase esta entrada la puerta Real; por allí se entraba á los claustros.

El conserje se apresuró á abrir por fin la puerta de la iglesia; pero su agilidad no correspondía á la curiosidad que me impacientaba.

Dá paso al templo un magnífico pórtico, tapiado en todas sus lueces, con capillas laterales, dedicada una al Santo Sepulcro y otra á la Virgen de los Angeles. En medio de la oscuridad, mis pies hollaban y tocaban mis manos estatuas funerarias, escudos de armas, vidrios sepulcrales, cubiertas de urnas cinerarias, confuso todo y todo mutilado. Sentí que se me oprimía el corazón.

Respiré, sin embargo, cuando al salir de aquel panteón de las artes, penetré en la gran nave de la iglesia, que ostenta aun la sombra de su fundador D. Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona.

Al entrar en aquella inmensa soledad de piedra, sin pavimento, sin altares, sin coro, alumbrada por un sol de Diciembre y en un día tan solemne para los católicos, y oyendo silvar el viento que se precipitaba al fondo de aquella nave por los rosetones y las ventanas rasgadas, sin filigranas y sin vidrios de colores, noté un malestar, que hizo levantar al momento un velo sombrío al redor de mí, á través del cual continué pensativo y silencioso mi visita á aquel palacio funerario de reyes y de príncipes.

La extensión de la iglesia, que forma una cruz latina, es de ciento dos varas y media; de noventa y dos de elevación en la nave central; de veinte y siete en las laterales, siendo de cuarenta y cuatro la extensión del crucero.

Las naves se apoyan sobre siete recios pilares en cada lado, formando elegantes grupos de ligeras y esbeltas columnas góticas.

Toda la obra es de sillería; su pavimento era de jaspes negros y alabastros, distribuidos en cuadros de un palmo cada uno.

Hoy se pisa un suelo húmedo y conmovido, como un campo abandonado.

El coro ocupaba el centro de la gran nave: nada existe, y me fue preciso acercarme al retablo ó altar mayor, construido en 1529. Se conserva, así como el altar ó mesa de piedra.

A pesar de las mutilaciones que ha sufrido esta obra, y á pesar de la señalada intención de derribar á pedradas algunos detalles de aquella muestra bellísima del arte, se conservan aun hermosas figuras, delicadas cabezas y filigranas, de alabastro de Sarreal: la obra termina en doseles y pirámides afligranadas, guarnecidas con minuciosos adornos de cestería.

A un lado y otro del presbiterio se muestran todavía restos de dos preciosos altares, enteramente iguales en materia y gusto al principal, costeados por Pedro Antonio de Aragón.

Este recinto se cerraba antes con una magnífica verja. Todo estaba visto; en su consecuencia, retrocedí algunos pasos y vine á colocarme en el centro de los reales panteones.

Parecíame un sueño lo que veía, contemplándome en el centro del crucero, iluminado por las ventanas abiertas de la linterna de la media naranja, encerrada espaciosamente dentro de un cimborio gigantesco y en medio de magníficos escombros, arrancados á los sepulcros, cuyas cavidades quedan marcadas en gruesos muros. El crucero está unido por ambos lados con la capilla mayor por dos grandes arcos de sillería, de la altura de dos cuerpos, y sobre ellos y debajo de ellos estaban unos y aun están otros sepulcros, que encerraban las cenizas de muchos reyes. Todo se veía mutilado; cabezas, brazos, pies, manos, armaduras, cascos, espadas, figuras de relieve, escudos de armas con colores, inscripciones latinas, yacían hacinadas, confundidas, traspertadas: lo que queda en su lugar, está picado, apedreado, agrietado, roto. Dentro, nada: ni un resto humano. ¡Algun día las calaveras sirvieron para jugar á los bolos! Gente brutal escarnecía así la memoria de los héroes de Aragón. En aquel hacinamiento de escombros y menudos fragmentos, no era ya fácil distinguir los que pertenecían á cada sepulcro. Se han aventado las cenizas, y hasta las sombras de los héroes habrán abandonado aquel recinto, que ni conserva la magestad de las grandes ruinas, ni la imponente oscuridad de las moradas de la muerte. El aspecto es frío, pálido y desapacible, porque la destrucción ha sido violenta y airada: cuando el tiempo destruye, deja siempre en los escombros algún velo de su magestad.

Durante algunos minutos permanecí de pie, en el centro del crucero, teniendo ruinas por todos lados, hasta que asaltó mi memoria el recuerdo de mi venerado D. Jaime I el Conquistador y del bravísimo Pedro IV, que tantos recuerdos dejaron en Valencia. Avisado mi diligente guía, me condujo por debajo del arco de la izquierda, saltando sobre trozos, de jaspe, mármol y alabastro al crucero, que de pronto ofrece á la vista una escalera de piedra, ancha y maciza, que conduce al noviciado.

—¡Aquí, aquí! me dijo el guía; y me señaló un sepulcro sin cubierta y que conservaba solo la caja de sólida argamasa, revestida de muro de alabastro, trabajado minuciosa y hábilmente. Escudos de armas, trofeos de guerra, genios, planideras y follages adornaban en parte aun aquel trabajo artístico. Aquí descansó tantos siglos Jaime I, en frente de Pedro IV, que había construido el panteón del gran conquistador. En 1843 vi yo en Tarragona la momia colosal del que fue un gran rey; en 26 de Diciembre del año último saludé su sepulcro, colocado ahora á la entrada del coro de la magnífica catedral de la misma Tarragona.

En Poblet no tenía á quien saludar; ni Jaime, ni Pedro, habían dejado allí resto alguno de sus cenizas; las de Jaime subsistirán aun á la sombra de la religión en una inmensa catedral; las de Pedro se han transportado á otra parte: no lo hubiera creído aquel rey. La historia queda solo con su justicia; nuestros

contemporáneos han hecho desaparecer lo demás.

Silencioso entre aquellos dos sepulcros, donde las artes habían desplegado sus recursos sin prisa alguna, me entregué á una serie de meditaciones, que no me es posible reproducir: lo que allí sentía, no podría ahora explicarlo; pero pláceme haber pensado mucho y haber aprendido mucho también.

A mi pesar abandoné, aunque volví media hora después para dar mi último adiós, aquel recinto, y acabé de recorrer la iglesia, que antes estaba adornada con diez y siete altares de piedra y sus retablos de madera: nada queda hoy; piedras sueltas, vestigios de la madera y montones de polvo.

Ha desaparecido el coro y el órgano construido en 1584 en tiempo del Abad Oliver, incendiado en 1822; así como tampoco existe el que de nuevo se construyó por valor de 15,000 libras catalanas. La puerta gótica del coro no ha dejado rastro alguno.

(Se continuará.)

VICENTE BOIX.

LA FLOR Y EL CÉFIRO.

Dijo la flor:—Ya no quiero
Volver á morir de amor,
Que es el céfiro un traidor
Y es mi cariño sincero.

Yo la pasión ahogué
Que en mi corazón alienta,
Y así en el mundo contenta
Y tranquila viviré.

Si tornare á murmurar
Amores en mis oídos,
Sus frases ecos perdidos
Serán, que no he de escuchar.

Sus promesas olvidó,
Yo saqué mi venganza:
Pues ha muerto mi esperanza,
La suya mataré yo.—

Calló la flor, y doliente
En són de amantes congojas,
Besó el céfiro sus hojas
Y suspiró dulcemente.

A tan tímido reclamo
Se ruborizó la flor,
Besóla el galán traidor
Y ella exclamó:—¡Yo te amo!

RAFAEL BLASCO.

EL MAR.

Nunca, nunca en la arena
Ni en los rotos peñascos altaneros
Que á tus olas les sirven de cadena,
Puse mi planta; nunca mis oídos
Los soberbios rumores escucharon
De tus fuertes y horribles bramidos.

Nunca del sol ardiente
Vi ocultarse la luz tras de tu espuma
En la roja mansión del Occidente.

Nunca los huracanes
Rompieron ante mí tu densa bruma,
Como rompen el monte los volcanes.

Nunca los ojos míos
Por tanta inmensidad se dilataron,
Ni tus cantares roncós y bravíos
Los sueños de mi mente despertaron.

Tu magestad, tus rápidas corrientes,
Tus raudas olas que soberbias cantan,
Son grandes como el sol, como las frentes
De los genios que al cielo se levantan.
Y yo nunca te ví; nunca estasiado
Contemplé tu magnífico oleaje,
Ni por recias horrascas alterado
Te ví crecer con ímpetu salvaje.

Pero no, que mi ardiente fantasía
Cuando en las noches del silencio hermanas
Los campos del delirio recorría,
Te ha visto en sus ensueños levantarte,
Preso en tus costas de peñascos llenas,
Y en revuelto vaiven precipitarte
En tu lecho de rocas y de arenas.

Genios de la creacion, dulces cantores
A quien el mundo con asombro admira;
Sublimes é inspirados trovadores
Que de laurel ceñisteis vuestra lira;
Vosotros que teneis por pedestales
Los siglos que de gloria se cubrieron;
Vosotros cuyos nombres inmortales
En la frente del mundo se esculpieron,
Decidme si algun día
Ante el soberbio mar habeis cantado;
Detened mi soberbia fantasía,
Decidme si es verdad lo que he soñado.

Era una noche en que lejano el viento,
Ecos de tempestad triste lanzaba;
Cuando el azul y hermoso firmamento
De rayos y de nubes se poblaba;
Cuando el hirviente son de la tormenta
En los antros recónditos se oía,
Y la luz del relámpago violenta
Con nuevo horror la oscuridad rompía;
Cuando rugiente el trueno se arrastraba
Por las esleras lóbregas rodando,
Y el huracan horriblo bramaba,
Los árboles con impetu doblando,
Sobre una cumbre que en el denso velo
Del horizonte cárdeno se ostenta,
Donde descansa en su pujante vuelo
El águila real que sube al cielo
Y allá en las nubes las estrellas cuenta;
Allí donde se rompen trasparentes
Los hermosos cristales
De los sonoros límpidos torrentes,
Al pálido reflejo
De la luz que el relámpago vertiera;
Yo contemplaba el mar, gigante espejo
Do mira el sol su ardiente cabellera.

Lo ví con el hermoso poderío
Que ronca la tormenta le prestaba;
Altanero, fantástico, sombrío,
Y grande como el mundo que besaba.
Yo contemplé su eterno movimiento;
Sus palpitantes ondas sacudidas
Por el empuje rápido del viento,
Y en su manto de sombras confundidas.
Yo contemplé su bárbara fiera
Al magnífico son de sus cántares;
Y ¡¡¡canté su grandeza!!!
¿Quién no sabe cantar ante los mares?

Una voz de su seno se levanta
Que dice por los aires resonando:
«Aquí está Dios; quien á los mares canta,
La grandeza de Dios está cantando.»
Yo la escuché; de admiracion un grito
Brotó en mi pecho y se elevó á la esfera;
Lo grande, lo soberbio, lo infinito,
Yo contemplaba por la vez primera.
.....
Mas ya todo cambió: las pardas nubes
Flotantes en el éter se ocultaron,
Y dulce cual la voz de los querubes
Los céfiros acordes murmuraron.

Entonces, á lo lejos,
Vi despertar la regalada aurora
Tiñendo con sus nítidos reflejos
La frente azul del mar que la enamora.
Vi espumas matizadas
Del iris con los célicos colores,
De perlas coronadas;
De esas perlas preciadas
Que son del mar las virginales flores.

Las olas se estendian,
Y á los besos del aura se rizaban;
Perezosas huían,
Y de nuevo tornaban,
Y de nuevo tambien desaparecian.

Como ligeras aves
Vi resbalar gallardas y atrevidas
Las voladoras naves
Sobre el hirviente piélagos mecidas.
Y recordé los héroes de la historia;
Y en éstasis profundo
Bendije de Colon la eterna gloria;
No puede marchitarse la memoria
De aquel que al mundo regaló otro mundo.

¡Oh fantástico mar! tus aguas puras
Son la imagen bellísima del cielo;
Si ruge la borrasca en las alturas,
Tambien desgarras tu apacible velo.
Mas si derrama el sol sus resplandores,
Tus ligeros cristales
Se visten de purísimos colores;
De tus ocultos bosques de corales
Se levantan suavísimos rumores.
¡Plegue á Dios que en el polvo de la tumba
No se sepulte mi cadáver frio,
Sin que al eco del trueno que retumba
Contemple tu gigante poderío!

¡Adios, oh mar! el alma que te admira
Sonó tu inmensidad, y absorta queda.
¡Plegue á Dios que del sueño la mentira
En dulce realidad tornarse pueda!

A. F. GRILLO.

LO QUE ES POESÍA.

(Conclusion.)

IV.

—¡Calla! pues sus hijos de Vd. se han despedido á la francesa.

—Lo que es los niños se habrán ido á casa y estarán ya durmiendo como cachorritos. No es extraño con lo que esas criaturas juegan todo el santísimo día, que parece que tienen azogue en el cuerpo.

—¿Pero y la Mariquilla?

—¡La Mariquilla! Esa no hay que preguntar á dónde ha ido: á hablar con el rubio, que se desepita por él.

Dimos algunos pasos mas, y encontramos á Luis y á Pepito sobre un monton de oloroso heno dormidos «como cachorritos.» tranquilos, sonrosados, hermosos como el sentimiento que reflejaron los ojos de su madre cuando ésta me dijo lanzándose á desahogar en aquellos pedazos de sus entrañas el sentimiento que poco antes la habia yo ayudado á definir:

—Mire Vd., mire Vd. qué alhajas de hijos me ha dado Dios! ¡Hiii! benditos seais, que valeis vosotros mas pesetas que el rey de España!...

Y Ana, chillando como una loca y comiéndose á besos á sus hijos, despertó á los gaterillas, que nos siguieron restregándose los ojos con los puños y haciendo pucheritos con la boca.

En efecto, la Mariquita estaba hablando con el rubio, y así que notó que nos acercábamos, se dispuso á cortar el coloquio con un ¡qué fastidio! que no se escapó á mi oído:

Iba ya anocheciendo, y mis ojos no pudieron distinguir lo que la Mariquita hizo al despedirse de su novio; pero como á los ojos de las madres nada se escapa, Ana me dijo al oído para que no lo oyese los niños:

—Mire Vd. que condenada de chica: ha arrancado un pensamiento de la mata que hay al pié de la tapia, le ha dado un beso y se le ha echado al rubio. ¡Ha visto Vd. qué grandísima pícara!

—Perdónele Vd. esa inocente fineza, en gracia del sentimiento que debe llenar el corazón de la pobre chica.

—Ya, pero eso es muy mal hecho; eso...

—Eso es poesía.

La Mariquita se reunió con nosotros, y todos nos dirigimos hácia la casa.

—A la puerta de una de las inmediatas disputaban dos hombres con tal calor, que nos temimos concluyesen por venir á las manos.

En lugar de subir al comedor por la escalilla de madera, salimos á la calle por la puerta de la huerta con objeto de unir nuestros esfuerzos á los de otras personas que procuraban inútilmente aquietar á los contendientes.

Apenas habíamos puesto el pié en la calle, tan, tan, las campanas de la iglesia parroquial tocaron lenta y solemnemente á la oracion.

Todos los hombres, incluso los que disputaban, nos descubrimos la cabeza; todos nos santiguamos y todos guardamos silencio para pensar en Dios y en los seres queridos, así vivos como muertos.

Me pareció que muchos de los circunstantes llevaban la mano á los ojos.

Los que momentos antes disputaban sañudos, solo se dirigieron algunas palabras de reconciliación, y se separaron sin rencor en el alma, puesto que oí el nombre de Dios en sus labios.

Ana se acercó á mí, llevando por segunda vez el pañuelo á los ojos, y me dijo en voz baja:

—Una pregunta, y si me contesta Vd. lo que espero, acabo de comprender lo que es una cosa que toda la vida he sentido y hasta hoy no he sabido qué nombre darle, esto que todos hemos presenciado y esto que todos hemos sentido, ¿qué es?

—Es poesía.

—¡Ah! lo repito, bendita sea la poesía, que viene á ser todo lo noble, todo lo hermoso, todo lo dulce, todo lo tierno, todo lo santo que una siente en este mundo!

—Sí, Ana, sí! exclamé estrechando la mano de aquella muger.

Y volviendo el pensamiento á ese inmenso farrago de palabras, que escritas forman renglones desiguales, y habladas se pueden cantar, que toda la vida he estado viendo en libros y periódicos, y oyendo en banquetes y teatros, oí á mi corazón que decía:

—Atrás, impostores; que porque teneis mas ó menos páginas del Diccionario en la memoria y vuestro oído distingue una frase de ocho sílabas de una frase de nueve, os dais el nombre de poetas! Atrás, los que llamais virgen sin mancilla á la ramera desvergonzada, haciendo así que el mundo confunda á la virgen con la ramera y á la ramera con la virgen! Atrás, los que os llamais poetas y no sentís calor en el corazón ni lágrimas en los ojos cuando un niño tiritaba de frio ó desfallece de hambre, ó cuando el sol descende al ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica á la patria el heroísmo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar! Atrás, y dejad el nombre de poetas á los que sienten así, ya sepan espresarlo con cadenciosos versos ó pulida prosa, ó ya solo con rudas y balbucientes frases! ¿Quien os á dicho ¡mezquinos! que puede darse el angusto nombre de poeta al que sabe combinar mas ó menos hábilmente cierto número de palabras? ¿Quien os ha dicho que tienen un mismo nombre, Dios que crea seres que piensan y sienten y ejecutan, y el hombre que crea autómatas que ejecutan y no piensan ni sienten?

Esto decía mi corazón, y esto escribo para vergüenza de los banderilleros que componen versos, y para gloria de los que llevando en su seno la poesía, caminan noblemente con ella, aunque sientan frio en el cuerpo y en el alma, y se niegan á hacerla bailar sobre el lodo de la calle, por mas que les griten desde los balcones: — Hazla bailar; hazla bailar y te echaremos cuartos!

V.

Renunció á explicar lo que es poesía por mas que los brios con que comencé mi tarea hicieran esperar otra cosa á los que no conocian cuán débiles son mis fuerzas.

Está visto que la teoría no es mi fuerte.

Si algo he aprendido en este mundo, á la práctica lo debo.

Niño si sé cuáles son tus acciones, cuál tu lenguaje y cuáles tus sentimientos, es porque me he convertido en niño para hacer lo que tú hacías, para hablar como tú hablabas, y para sentir como tú sentías.

¡Madre! si comprendo tu amor y tus alegrías y tus tristezas, es porque he identifica-

do mi corazón con el tuyo para saber todo lo que pasaba en tu corazón.

¡Hijos del dolor y del trabajo! si comprendo vuestras fatigas y vuestros dolores, es porque el dolor ha arrugado mi frente y el trabajo ha encañecido mis manos.

¡Campos de Castilla cuyo recuerdo voy depositando en estos cuentos! si alguna vez he pintado con fidelidad cómo sienten los que os pueblan, cómo os engalana la primavera, cómo os alumbra el sol cuando sale ó cuando se pone, y cómo la brisa de la tarde esparce por vuestras llanuras el murmullo de que los ríos se bañan, los cantos de los labradores que os recorren y el tañido de las campanas que os bendicen y santifican, es porque he vagado por vosotros á todas horas estudiando en el libro de la experiencia.

Acababa yo de llegar á Madrid, niño aun, y encontraba mi único consuelo en pensar en el pobre pero tranquilo hogar de mis padres, y en aquellos sombríos valles y aquellas escarpadas rocas donde había pasado la niñez.

Por entonces hice conocimiento con otro niño que teniendo mucha afición á la pintura, asistía hacia años á la academia de San Fernando y dibujaba ya admirablemente.

—¿Qué quieres que te pinte? me preguntaba mi amigo con un lápiz en la mano y un papel delante.

—Píntame una casita rodeada de árboles y rocas, le contestaba yo, que tenía siempre el pensamiento fijo en la casita de mis padres rodeada de rocas y árboles.

Pero mi amigo que no había salido nunca de Madrid, tenía una idea muy inexacta de lo que son las rocas, y por mas que yo se lo explicase, las rocas que pintaba no me satisfacían.

Yo desconocía completamente el dibujo. Sin embargo, un día, tratando de explicar por todos los medios al *académico* cómo eran las rocas, tomé el lápiz y dibujé, ó mejor dicho copié, la casa de mis padres con el paisaje que la rodeaba.

Sorprendiéronos en aquel entretenimiento un caballero muy inteligente en pintura, y antes que nosotros tuviésemos tiempo para esconder los dibujos se apoderó de ellos y se puso á examinarlos.

Como al ir á devolvernos á cada cual nuestro dibujo notase que yo estaba muy colorado, dió al madrileño el mío y á mí me dió el del madrileño, diciéndome:

—Toma, hijo, y sigue avergonzándote de tu obra mientras no pintes rocas como tu compañero de glorias y fatigas artísticas.

Desde entonces cuando pinto rocas me acuerdo de las teorías de los maestros, pero me acuerdo mas aun de las rocas que rodean la casa de mis padres.

En las rocas que pinto, no hay arte, pero hay verdad.



GRUPO DE ZUAVOS.

No niego que la verdad cabe en el arte, pero cabe mejor en la naturaleza.

¡Pintor! cuando quieras pintar un árbol, trasládase con el pensamiento á las arboledas que alguna vez recorriste, y tomando por modelo el árbol que con mas claridad veas; copia fielmente las escabrosidades y el color de su corteza y las sinuosidades de su tronco y sus ramas.

Pero he dicho que la teoría no es mi fuerte, y estas divagaciones que tienen ínfulas de teoría lo prueban.

Escribo estas últimas líneas en Villaviciosa, y siento á los gaterillas acercarse á mí asidos de la falda de su madre. ¡Dios quiera que no se les antoje averiguar lo que tiene dentro este cuento!

—¡Hola! hola! me dice Ana, ¿se trabaja?

—Sí, aquí estoy devanándome los sesos á ver si puedo explicar lo que es poesía:

—¡Vaya si podrá V.! Que me lo pregunten á mí.

—Es que hay mucha diferencia entre la práctica y la teoría.

—Santo varón, déjese Vd. de tonterías y enseñe con la práctica.

—Ya, pero como tengo que explicarme por escrito...

—¡Eh, que no son Vds. para nada! ¿Tiene Vd. mas que escribir de qué modo me enseñó á mí?

—Ya está escrito.

ANTONIO DE TRUEBA.

HABILIDAD DE UN SOLDADO.

Los extranjeros de distincion que hayan sido recibidos en estos últimos tiempos por el emperador de los franceses en su gabinete particular, habrán reparado sobre su mesa de despacho una coleccion de pequeñas estatuitas, que representan tipos militares. Obras tan delicadas de tan preciosa ejecución artística, que revelan el genio de un Miguel Angel; han sido hechas con una simple navaja por un soldado de Crimea, en presencia de todos sus compañeros que ponían en duda su habilidad. Nuestro grabado dá una idea bastante exacta de su mérito; pero añadiremos aun, que el emperador lo premió con una medalla de oro, y le está costeando sus estudios. Probablemente la Francia tendrá en él un artista de primer órden.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

Los señores suscritores de fuera cuyo trimestre de suscripcion terminó en el número 12, se servirán renovarlo á la mayor brevedad si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; en el centro general de suscripciones de Don Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion; y librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe D. Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guijarro, Preciados, 5.

En las demás provincias en todas las principales librerías.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

REGALO Á NUESTROS SUSCRITORES.

Todos nuestros suscritores y los que lo sean nuevamente por un trimestre antes del 30 de Abril, recibirán en el mes inmediato un billete con diez números, que les dará opcion á la magnífica fotografía que hemos adquirido copia del bajo-relieve del Descendimiento de la Cruz, ejecutado en Roma por D. José Bellver, y premiado en la Exposicion de bellas artes de Madrid de 1860.

El agraciado será el que tenga el número igual al del premio mayor de la Rifa de la Beneficencia, que se ha de celebrar en Valencia en el próximo mes de Abril.

El cuadro está espuesto en la plaza de Santa Catalina, camisería del Sr. Ravetllat y Compañía.